



FOSSILS



Viagra, tabaco en polvo y rock 'n' roll

Robert A Webster

Traducido por

Esther Suárez Sosa

FOSSILS - Español

Viagra, tabaco en polvo y rock 'n' roll

Robert A Webster

***Translation by Esther Suárez
Sosa***

Copyright © 2022 - Robert A Webster

Capítulo I

Charles se sintió desbordado; su mundo se desmoronaba. Deseaba abrazar a su esposa, decirle cuánto la amaba, aspirar su aroma y escucharla decir, con su tono de voz tranquilizador, que todo iba a salir bien. De pie, con las manos entrelazadas, miraba su ataúd de madera brillante. Mientras escuchaba el zumbido de la cinta transportadora que resonaba en la capilla, se cerró una cortina y la caja siguió avanzando lentamente hacia el horno.

Los hijos de Charles, John y Peter, que habían llevado a hombros el féretro, regresaron al banco y se sentaron a su lado. John le dio una palmadita a su padre en el brazo, pero Charles continuó mirando al frente.

Lorraine, la hija de Charles, sin poder impedir el llanto, le apretó la mano con delicadeza cuando el vicario entonó una oración por el eterno descanso del alma de Mary. En aquel momento, Charles no estaba escuchando y no mostró emoción alguna, envuelto como se encontraba en su capullo terrenal. Aparte de poder estar con su adorada Mary, nada más le importaba.

El vicario terminó su oración en medio de los sollozos que se escuchaban en la capilla del crematorio situado en las

afueras de Cleethorpes y rogó a los feligreses que reflexionaran sobre la vida que había llevado Mary.

Charles posó la mirada en un rayo de sol que entraba por una claraboya. Suspiró y sonrió.

«Mary» pronunció en un susurro, como si la cara de una Mary jovencita se hubiera aparecido entre el rayo de luz.

«Hola, mi amor», contestó la voz de Mary en su imaginación.

Charles se estremeció y pensó. «Oh, Mary, estoy tan solo y apenado. Quiero terminar con todo esto y reunirme contigo». Mary sonrió y Charles recordó la mirada de la que se enamoró años atrás. Luego, continuó: «Pronto estaremos juntos, mi vida, pero ahora no es tu momento. Aún te queda mucho por vivir... recuerda lo que siempre te digo. La vida es demasiado corta para estar triste».

—Papá, siéntate —le dijo Lorraine en voz baja cuando el vicario indicó a la congregación que tomara asiento.

Los pensamientos de Charles se vieron interrumpidos y este se sentó en el banco. El vicario subió al pequeño púlpito para comenzar con el sermón, aportando detalles de la vida de Mary, una mujer a la que apenas conocía.

—¿Estás bien, papá? —inquirió Lorraine al ver que Charles sonreía al rayo de luz.

«¿Dónde estás, cariño?» quiso saber Charles, ignorando a su hija. Continuó metido en sus pensamientos mientras veía danzar a los rayos de luz que entraban por la claraboya.

—Papá, ¿estás bien? —repitió Lorraine, apretándole la mano.

John, que escuchó a su hermana, miró a su padre y lo empujó con delicadeza.

—¡Papá!

Charles dedicó una sonrisa a John y a Peter, luego, con una expresión vidriosa y lágrimas en los ojos, miró a Lorraine y asintió con la cabeza. Esta, aliviada al ver las lágrimas de su

padre, se secó las suyas con un pañuelo empapado. Lo besó en la mejilla y se volvió al frente, para escuchar al vicario. Charles ahora se sentía cómodo, seguro y acompañado. Mientras dirigía la mirada a la claraboya, las palabras del vicario se fueron desdibujando y sus pensamientos volaron hacia recuerdos felices.

Una cálida tarde de verano, una furgoneta de mudanzas llegó y descargó un piano de cola *Steinway* en la sala de estar comunitaria de la residencia de ancianos. Durante todo el día, los residentes se habían ido acercando para admirar el bello instrumento, inquisitivos sobre quién sería la persona que se mudaría a la antigua habitación de Albert. En especial, tres de los residentes estaban entusiasmados y ansiosos por conocer al dueño del piano.

Al día siguiente, un *BMW* aparcó en la entrada. Una pareja de mediana edad se bajó de los asientos delanteros del coche y ayudaron a salir de la parte trasera a un anciano enjuto, pero de aspecto cuidado. Sacaron las pertenencias que había en el asiento de atrás y se dirigieron a la oficina del director. Todas las cortinas se movieron pues los ancianos, emocionados, trataban de ver a su nuevo vecino.

John, Lorraine y Charles estaban sentados en la oficina de la Sra. Chew mientras esta les describía la residencia y les explicaba las normas que Charles debía cumplir durante su estancia. La oficina olía a tabaco rancio. Hilda Chew, una mujer pequeña y ojerosa de unos sesenta años, de rasgos severos y cara arrugada que le daba la apariencia de sabueso estreñado, había sido la encargada de Fosdyke desde que se abrió hacía ocho años. Charles apenas prestaba atención a las instrucciones de la directora, ya que su mente estaba en otra parte.

La Sra. Chew los condujo por un pasillo hasta una habitación de la planta baja, en donde entraron.

—Esta es su habitación, Sr. Clark. ¿O puedo llamarle Charles? —Charles se encogió de hombros —. Este será tu hogar a partir de ahora, Charles. Hemos puesto un sillón cerca de la ventana que da a la bahía. El paisaje está precioso en esta época del año.

John depositó la maleta de su padre sobre la cama.

—Es bonita y espaciosa, papá —dijo mientras abría la maleta e iba colocando la ropa en el armario.

—Tienes televisión, pero la mayoría de los residentes se sienta a ver la grande que está en la sala de estar comunitaria —añadió la Sra. Chew, señalando una televisión portátil —. Tu piano está allí.

—Meteré los calcetines y la ropa interior en este cajón —dijo John, aunque sabía que su padre no le estaba prestando atención.

—¿Te gusta, papá? Mira, hay un montón de actividades —añadió Lorraine, agitando el folleto de Fosdyke delante de la cara de su progenitor —. Esto está cerca de la playa y a ti te encanta el mar.

—Y también tendrás compañía —añadió John con sorna —. ¿Has visto cómo te miraban tus nuevos vecinos?

Charles suspiró y echó andar hasta sentarse en el sillón.

—No os preocupéis —dijo la Sra. Chew dirigiéndose a los chicos —. Cuesta acostumbrarse a estar aquí, pero luego estará bien. Será mejor que le dejéis tiempo para que se familiarice con el lugar. Estoy segura de que los otros residentes vendrán por aquí a visitarlo cuando vosotros os hayáis ido —añadió con una sonrisa.

—Muy bien, papá —dijo Lorraine tras asentir con la cabeza —nos vamos. Dejaremos que te instales en tu nuevo hogar.

—Traeré a Emma y a los niños pronto —añadió John.

—Peter dijo que vendría cuando estuviera menos ocupado. Yo también vendré a visitarte con George y los niños cuando

te hayas instalado —continuó Lorraine. Se acercó a su padre y lo besó en la mejilla. Sintió que las lágrimas afloraban a sus ojos cuando vio la expresión vacía instalada en el demacrado rostro de su padre que miraba por la ventana. Acarició el pelo canoso de aquel hombre vibrante y cariñoso que recordaba de su niñez. El mismo hombre que la levantaba cuando se caía, que la enseñó a tocar el piano y a apreciar la belleza de la música. El hombre del que siempre dependería y el hombre que nunca imaginó que pudiera terminar en esta triste soledad.

—Adiós, papá —dijo con voz entrecortada Lorraine. Y con las lágrimas corriendo libremente por su rostro, se dirigió a John.

—Adiós, papá. Hasta pronto —añadió John, rodeando con el brazo a su hermana; y salieron de la habitación acompañados de la Sra. Chew.

Charles miraba el cuidado césped por la ventana. La habitación olía igual que el resto del lugar. Era una mezcla de huevo cocido y humedad, generalmente asociada a las residencias de ancianos. Para Charles este no era o, al menos, nunca sería su hogar por lo que esperaba que su estancia allí fuera corta. Continuó mirando el jardín y pudo ver como un abejorro desaparecía en el interior de una rosa para reaparecer momentos después volando torpemente junto a unas mariposas que agitaban sus quebradizas alas multicolores. Unos gorriones se perseguían, volando a ras del suelo frente a la ventana de Charles. Y mientras la naturaleza se ocupaba de sus asuntos, comenzó a recordar cómo se inició en el negocio del entretenimiento.

Su madre era cantante de ópera. Así que Charles había desarrollado el amor por la música desde una edad temprana. Su padre, quien esperaba que se enrolara en el ejército, se había sentido decepcionado al descubrir el interés de su hijo por la música. Cuando Charles cumplió doce años, asesinaron

a su padre en Irlanda. Su madre lo animó y lo educó para ser vocalista, pero al tener una deformación en las cuerdas vocales, su voz sonaba demasiado grave. Ella supo que no llegaría a ser cantante lírico, por lo que le compró un piano *Steinway*. Ese hecho abrió un nuevo y apasionante mundo para el joven Charles, quien, a base de practicar mucho, se convirtió en un talentoso pianista. Ingresó como miembro de la Orquesta Filarmónica de Liverpool poco después de acabar sus estudios en la Universidad de Surrey.

Charles conoció a Mary a la edad de 22 años. Ella se había presentado a una audición para el puesto de violinista en la orquesta. Ya se había percatado de su precioso pelo rubio en la entrevista, cuando interpretaba el *Capricho* n° 24 de Paganini en La menor. Joseph Fletcher, el director de la orquesta, se había quedado impresionado con su actuación y entre esto y la insistencia de Charles, quedó contratada. Charles y Mary se hicieron inseparables y tras un corto noviazgo, se casaron.

Mary era de Cleethorpes, una localidad costera de Inglaterra situada en el condado de Lincolnshire. Como los precios de los inmuebles allí eran baratos, compraron una casa de cinco dormitorios a las afueras de la ciudad. Estuvieron actuando con la Filarmónica de Liverpool durante cinco años antes de que Charles aceptara un puesto en la prestigiosa Orquesta Filarmónica de Londres. Pronto se dieron cuenta de que el nuevo trabajo de Charles demandaba que pasara mucho tiempo en la carretera, así que Mary decidió dejar la Filarmónica de Liverpool para irse junto a él. En la segunda gira, supieron que estaban esperando el que sería su primer hijo, John.

Charles pasó los siguientes años actuando en diversos lugares del Reino Unido y en el extranjero, mientras que Mary se quedaba en Cleethorpes, cuidando de John. Dio a luz dos hijos más. Primero fue Lorraine y un año después vino Peter. Los años transcurrían, y Charles pasaba mucho tiempo fuera

por lo que ambos decidieron que era mejor que se buscara un trabajo cerca de casa. Consiguió una plaza de profesor en la Universidad de Cleethorpes, donde continuó ejerciendo hasta su jubilación. Con los hijos ya criados e independientes, cada uno con su propia familia, Charles y Mary consideraban que tenían una vida idílica. Pasaban los días juntos o en compañía de la familia y por las noches Charles tocaba el piano mientras que Mary hacía lo propio con el violín. La pareja disfrutaba de una vida tranquila y feliz hasta que la temida leucemia se llevó a Mary, derrumbando así el mundo de Charles. De repente, un ruido en la puerta lo devolvió a la realidad.

—Hola, Charles. La cena se sirve a las seis en punto. Tienes que venir al comedor —informó la Sra. Chew sin abrir la puerta.

—No tengo hambre —replicó Charles.

—Haz lo que quieras —gruñó la Sra. Chew antes de marcharse.

Charles se echó hacia atrás en el sillón y comenzó a rememorar los hechos que le habían traído a vivir en la residencia. Pensó en lo insensibles que habían sido sus hijos.

—Papá, recuerda lo que te dijo mamá que hicieras cuando llegara este momento —dijo John en el funeral de Mary rodeando a su padre con el brazo.

Charles miró fijamente a su hijo y no articuló palabra. Únicamente suspiró y se fue a hablar con sus otros dos hijos.

Cuando los médicos diagnosticaron la enfermedad de Mary, Lorraine, John y Peter acordaron que este se mudara a la residencia de Fosdyke cuando ella falleciera y lo organizaron todo sin tener en cuenta la opinión de Charles que, aunque se enfadó al enterarse, no se lo hizo saber a nadie, asumiendo lo que parecía inevitable.

Una vez terminado el funeral de Mary, Charles se quedó solo en casa. Tocó el piano y se emborrachó hasta perder el

sentido, pensando en lo vacía que estaría su vida sin su principal apoyo, Mary.

John llegó a media mañana para ver cómo estaba su padre. Vio que la botella de *whisky* estaba vacía y la usó para hacer ruido con ella. Después lo zarandéo para despertarlo.

—Prepararé té, papá —dijo John—. ¿Por qué no te metes en la cama? Te llevaré una taza.

Charles se puso en pie a duras penas, subió las escaleras y se acostó. A lo largo del día vinieron sus hijos para ayudarle con la mudanza. Como la residencia tan solo aceptaba unas pocas pertenencias, vendieron el resto y se dividieron las ganancias.

Cuando la empresa de mudanzas llegó para llevarse el piano y desalojar la casa, Charles se metió en su habitación. Horas más tarde, la casa estaba vacía, a excepción de los muebles del dormitorio de Charles. Lorraine le había traído algo de comida, pero él no la había tocado.

Esa noche, Charles se paseó por la casa, deseando con ansia encontrarse con Mary.

John y Lorraine llegaron al día siguiente para recoger a Charles y en cuarenta minutos llegaron a la residencia Fosdyke.

Otro golpe en la puerta sacó a Charles de su ensimismamiento.

—No tengo hambre —gritó con energía, asumiendo que era la Sra. Chew la que llamaba.

La puerta se abrió y apareció un hombre pequeño y corpulento. Era tan calvo como una bola de billar.

—Joven Charlie —anunció un anciano en un tono jovial, pero desagradable. Sonreía alegremente mientras se acercaba a Charles—. Soy Steve, pero todos me llaman Strat. Chewy nos ha dicho que no ibas a cenar, así que he pensado en venir para hacerte cambiar de idea.

—No, no tengo hambre —contestó Charles impresionado por la visita, forzando una sonrisa.

—Venga, intenta comer algo. El papeo no está mal, y hoy toca noche de costillas a la parrilla, un verdadero manjar — insistió Steve rodeando a Charles por los hombros para forzarlo a levantarse del sillón —. Te presentaré a todos — continuó el anciano con una risita socarrona —. Conocerás a los del grupo musical.

—¿Tenéis un grupo aquí? —reaccionó Charles, cuyo comentario le pilló por sorpresa —¿Qué tipo de música hacéis?

—Es una larga historia —contestó Steve sonriendo —. Te la contaré mientras cenamos. Vamos, antes de que se enfríen las costillas o los otros viejos acaben con ellas.

Charles dirigió una mirada al simpático personaje que parecía una pera con piernas largas y delgadas y, como viera que seguiría insistiendo, se levantó del sillón.

—No te preocupes, Charlie, no se está mal aquí. Llevo preso desde hace cinco años y ya soy conocido en la mayoría de los *pubs* de la zona. Tendrás mucho éxito entre las damas, con ese acento pijo —Steve sonrió y ambos se dirigieron hacia el comedor.

El bullicio que había en el comedor cesó cuando la pareja hizo su entrada. Todas las miradas estaban puestas en Charles, que se movía nerviosamente y parecía incómodo.

—Espero, vejestorios, que nos hayáis guardado alguna costilla —gruñó Steven mientras conducía a Charles hacia unos asientos vacíos que había entre dos señores mayores.

Capítulo II

En un entorno pintoresco de la ciudad costera del noroeste de Cleethorpes, Fosdyke, que antes de convertirse en residencia de ancianos había sido una pensión, era un edificio de dos plantas con 23 espaciosos estudios amueblados dotados de baño privado. Los apartamentos de la planta baja tenían amplios ventanales con vistas a los terrenos ajardinados, convirtiéndolos así en un lugar idílico y tranquilo.

Cerca del bloque residencial, otro edificio de una planta albergaba la cocina y el comedor comunitario, donde se servía comida tres veces al día. Otra habitación grande hacía las veces de sala de estar. Allí, los residentes se reunían, organizaban diferentes actividades o veían la televisión. Esta zona común, además, estaba provista de unos pequeños cuartos que los residentes utilizaban como taquilla para guardar sus pertenencias. Ahora había un piano *Steinway* colocado junto a una esquina de la estancia. En verano, los ancianos poco tenían que hacer en la casa, así que se iban a pasear por el lago, por la playa o se relajaban en los jardines. Tenían una vida sosegada y los residentes eran muy diferentes entre sí. Aunque había algunos matrimonios, por lo general, eran hombres y mujeres que se habían quedado viudos.

Una vez que Charles y Steve se hubieron sentado, el bullicio volvió a reinar en el comedor. El personal de cocina seguía sirviendo costillas a la parrilla y bebidas a los ancianos. Algunos se esforzaban por roer la carne de cerdo con sus dentaduras postizas, pero eso no les impedía darle unos buenos lametones a la carne de vez en cuando. Charles se detuvo a mirar a sus nuevos vecinos.

—Charlie, este es Wayne —dijo Steve al sentarse. El supuesto Wayne se inclinó y estrechó la mano de Charles. Wayne tenía aspecto latino. Tenía el pelo negro y rizado y se comportaba como un niño.

—Hola Charlie. Soy Wayne Logan —se presentó al tiempo que le estrechaba la mano.

—Me llamo Charles, no Charlie —aclaró.

—¿Qué? —preguntó Wayne.

—He dicho que mi nombre es Charles, no Charlie —repitió... levantando la voz.

—Sí, conservo todos mis dientes —dijo Wayne extrañado. Steve sonrió.

—A veces está sordo como una tapia y, además, se tiñe el pelo.

—¿Qué? —volvió a preguntar Wayne mientras subía el volumen de su audífono —. Así está mejor —continuó.

—Hola Wayne. ¿De qué parte de Estados Unidos es usted? —quiso saber Charles al escuchar el acento de Wayne.

—No soy yanqui —contestó frunciendo el ceño —, soy canadiense.

—Vaya, disculpe mi error —añadió Charles.

—Epa, Charles —saludó el hombre que estaba a su derecha con un alegre acento. Me llamo Elvin Stanley, pero todos me llaman Chippers.

—Yo soy Charles Clark —al estrechar la mano de Elvin observó que le faltaban dedos y se sintió bastante incómodo tratando de no mirar.

—Estupendo —dijo Steve —ya conoces a todos los miembros del grupo. Cuando terminemos de cenar, iremos a la sala de estar y nos enseñarás qué sabes hacer con tu viejo piano.

Al oír esto, Wayne y Elvin se miraron extrañados. Charles trataba de imaginar qué instrumento tocarían. Uno estaba sordo como una tapia y el otro tenía las manos como las pinzas de una langosta. Elvin y Wayne se miraban nerviosos mientras que Steve hablaba de las excentricidades de algunos de los residentes. Andrex Ethel solía pasearse con el papel higiénico sobresaliendo de sus pantalones. El tedioso Bill, a quien todos evitaban, se pasaba el día entero hablando sobre palomas.

Charles tenía ganas de ver su piano, así que después de cenar, los cuatro fueron a la sala de estar y rodearon su *Steinway*. Se sentó en el taburete, levantó la tapa, contempló las teclas de marfil y las tocó. Los otros tres permanecieron de pie junto al piano.

—¿Qué tipo de música tocas? —preguntó Steve.

Charles sonrió y comenzó a tocar el concierto de Sergei Taneyev en Mi bemol.

Otros residentes llegaron a la sala. Normalmente había bastante ruido mientras charlaban, jugaban o veían la televisión. No obstante, todos guardaron silencio cuando escucharon la relajante música que Charles tocaba mientras este se iba enfrascando en la pieza.

Las charlas se reanudaron cuando una docena más de residentes accedió a la sala.

Quince minutos después, Charles terminó su actuación. Se quedó mirando fijamente al teclado, recordando que esa melodía era una de las favoritas de él y de Mary. Continuó sumido en sus pensamientos. La sala de estar comunitaria permaneció en silencio unos instantes más hasta que los residentes rompieron a aplaudir. Todos parecían estar

impresionados. Todos menos los tres nuevos amigos de Charles.

Mabel, una anciana vivaracha de 82 años de edad, comenzó a entonar la canción «Lili Marleen».

—¿No te sabes alguna de *rock 'n' roll*? —quiso saber Steve, visiblemente decepcionado.

—Lo siento, pero no —contestó Charles dirigiéndose a los tres—. Solo sé tocar melodías clásicas y de ópera.

Steve frunció el ceño. Acto seguido, él, Wayne y Elvin se dieron la vuelta e hicieron un corrillo para hablar entre ellos.

Charles volvió a pulsar las teclas del piano y entonó una pieza breve de Mozart. Mabel lo interrumpió para pedirle que tocara «The White Cliffs of Dover», canción que ella misma interpretó desafinando mucho, por cierto.

Steve apoyó la mano sobre el hombro de Charles.

—No te preocupes, joven Charlie —dijo con una sonrisa traviesa por encima de los cánticos desentonados de Mabel— los chicos y yo aún tenemos grandes esperanzas depositadas en ti.

Charles vio como Steve, Elvin y Wayne se dirigían a un cuarto, abrieron la puerta y entraron. Minutos más tarde, mientras este intentaba seguir a duras penas la letra de la canción que entonaba Mabel, los tres salieron de la habitación.

Steve llevaba una destartalada guitarra, un pequeño altavoz-amplificador y un soporte de micrófono. Elvin cargaba con un contrabajo y Wayne, llevaba una batería compuesta de dos bombos redondos.

Mabel dejó de canturrear desafinadamente y resopló.

Charles advirtió una mirada de horror en las caras de todos residentes que estaban en la sala en cuanto los tres se aproximaron a él. Steve enchufó el micrófono y colocó el soporte. Wayne montó la batería y Elvin afinó su viejo contrabajo.

La estancia entró en pánico cuando Steve comenzó a ajustar la altura del soporte. Le dio un toque al micrófono y, después de que el altavoz emitiera un golpe sordo, se puso de pie con un brillo diabólico en los ojos.

—Bueno, viejos carcamales —hizo una pausa dramática antes de seguir —¡Strat ha vuelto!

Mabel chilló, Ethel corrió arrastrando el papel higiénico por el suelo y el tedioso Bill se dirigió a la puerta. Wally, otro de los residentes, lanzó una plegaria desesperada.

—¡Que alguien traiga a Chewy... rápido!

Steve enchufó la guitarra y sacó una púa de la cartera.

—¡Aquí está mi vieja y fiel amiga! —dijo enseñando a Charles una púa de plástico con una «S» pintada en ambos lados.

Elvis se colocó de pie junto al contrabajo y Wayne tomó asiento tras la batería. Todos sonreían mientras los residentes abandonaban a toda prisa la habitación.

Charles continuó sentado al piano, con cara de no saber qué estaba sucediendo cuando la Sra. Chew entró corriendo en la estancia.

—Os dije que no actuarais de nuevo después de lo que ocurrió la última vez. ¿Es que ya os habéis olvidado de lo que hablamos? —sentenció mirando fijamente a Steve.

—Solo intentamos que nuestro nuevo amigo se sienta como en casa. Además, la sala está vacía. Así que no molestamos a nadie —replicó Steve sonriendo.

—Está vacía porque habéis asustado a todo el mundo y se han marchado. Como la vez anterior —dijo la Sra. Chew, enfadándose cada vez más.

—Esta vez será diferente —dijo Steve con una sonrisa socarrona y añadió —: Tocaremos con Charlie sus partituras clásicas. Toca algo de tu música para ella, joven Charlie.

Charles, que se había quedado perplejo ante la situación, interpretó «Claro de luna», de Debussy. La Sra. Chew, con las

manos en jarra, escuchó la melódica pieza que Charles tocaba. Sabía que Steve la estaba manipulando una vez más, pero como era el padre de la jefa, no podía quejarse.

—Os doy una hora —sentenció mirando a un sonriente Steve—. Después quiero que retiréis todo esto de mi vista —echó una mirada a los cuatro y salió de la sala de estar hecha un basilisco.

—Estupendo, ahora que le hemos tocado las narices a la Sra. Chew, podemos empezar —dijo Steve dedicándole una sonrisa a Charles—. Joven Charlie, deja de tocar esas chorradas y empecemos a hacer música de verdad...*rock 'n' roll*.

Steve cantaba y hacía poses de adolescente calvo mientras interpretaba «Johnny 'B' Good». Iba de un lado a otro como un saltador espacial con esteroides.

Elvin se esforzaba en puntear su contrabajo, porque no se había puesto las prótesis. Wayne se meneaba de atrás hacia adelante, siguiendo con cada golpe que daba a su batería un ritmo que no se correspondía con la melodía. Charles seguía sentado al piano mientras estos interpretaban uno de los clásicos del *rock 'n' roll*. Hacía muecas mientras los escuchaban y, en algún momento, llegó a pensar que le sangraban los tímpanos. Para él, eso no era música agradable a sus oídos. Más bien sonaban como gatos que estaban siendo asesinados. Entonces comprendió por qué los demás habían sentido la urgente necesidad de salir huyendo.

Afortunadamente, la tortura de Charles duró tan solo unos minutos. Los tres terminaron y se le quedaron mirando.

—Y bien, ¿qué te parece? ¿Serías capaz de hacer algunos arreglos? —preguntó Steve, con cara de satisfacción.

Al oír esto, una escopeta acudió a la mente de Charles, mientras miraba las caras arrugadas y sonrientes de los orgullosos roqueros. Entonces, recordó lo que Mary siempre

decía acerca de que no hay música buena o mala, simplemente música que gusta o no gusta.

—Mmmm, quizá necesitáis tocar más acompasados, con un poco más de armonía. Os hace falta una base —contestó.

Los tres asintieron y se sonrieron.

—¿Nos ayudarás? —quiso saber Elvin.

—Eso, joven Charlie —siguió Steve —podrías ayudarnos uniéndote a nuestro grupo. Te buscaremos un nombre artístico guay.

Charles sabía que esto supondría un reto, pero le gustó la idea de tener algo que le mantuviera ocupado. Y formar parte de ese grupo geriátrico pensó que sería divertido.

—Tal vez pueda hacer algo por vosotros —contestó sonriendo —pero, por favor, dejad de llamarme Charlie.

—¿Cómo quieres que te llamemos? —inquirió Steve.

—Mi nombre es Charles, así es como quiero que os dirijáis a mí, llamándome Charles.

—A mí todos me llaman «Strat», a Elvin, «Chippers» y al sordo aquel de allá —dijo señalando a Wayne —, «Sticks». No podemos llamarte por un nombre tan aburrido como Charles —alegó Steve.

—¿Qué tal «Nobby»? —dijo Elvin. Los tres lo miraron inquisitorios.

—¿Qué?

—«Nobby» —repitió Elvin —. En las fuerzas armadas había un tipo que se apellidaba «Clark» y lo llamaban «Nobby» Clark.

Charles recordó que cuando era niño había escuchado a la gente referirse a su padre como el Comandante «Nobby» Clark*, aunque no estaba seguro del porqué de aquel apodo. Charles reflexionó un momento, miró a los emocionados viejos roqueros, se rascó la barbilla y sonrió.

—Está bien, «Nobby» entonces.

You've Just Finished your Free Sample

Enjoyed the preview?

Buy: <http://www.ebooks2go.com>